

SAMARITANAS DE LA MANCHA

¿Es ya la hora? Quizá suenan las músicas entre «mayos» y jotas y olores a uvas, a vinos, a tomillo y albahaca. Las sabanas huelen a tomillo o a yerbabuena; a veces a membrillos maduros. Pero por aquél entonces, cuando eran verdaderamente protagonistas las bautizadas por Cela como izas, rabizas y colipoterras (en grandes fotos desoladas de esquinas angustiosas de grandes y pequeñas ciudades), el tiempo, ya digo, era de otra forma, olía de otra forma incluso el paisaje era distinto.

Pero de pronto, se le ocurre al director, a Pepe López Martínez, de que hablemos de «ellas» y en paralelo, nuestro rapsoda universal, otro «Pepe», José Luis Perales, vuelve a darles protagonismo lírico, jugando sus cartas fuerte, a favor de las «que disfrazan de brillo su tristeza»:

A esas chicas alegres de la calle,
que derramas perfumes en la noche,
con las alas abiertas, por si hay
alguien para invitarlas a alcanzar
la Luna.

Alcanzar la Luna, ¿no es un be-

llo pensamiento en lo que se refiere a la imaginación? Porque alcanzarla, alcanzarla, ya lo hicieron los rusos y la ciencia ficción literaria desde los primeros clásicos.

Pero a lo que íbamos. «Esas chicas alegres de la calle», por entonces en Cuenca, la Cuenca de la posguerra, con los problemas del pan y el aceite, las cartillas de racionamiento y la convivencia, no tenían tiempo para nada. Las chicas del «dieciséis», del «uno» y del «dos»: Fernanda, Rosita, Engracita, Blanquita y todos aquellos diminutivos, estaban encerradas amaneceres y atardeceres, no con un solo juguete sino con varios. Recuerdo a todos los amigos tras los chopos, tendríamos once o doce años, vigilando las largas colas de soldados esperando su turno; todos a esos años, naturalmente flojos de bragueta.

Luego, el «dos», el «uno», el «dieciséis», era lugar obligado de reunión; por doce, trece o quince pesetas, se podía pasar la tarde allí con derecho a retozo o como ahora se dice a hacer el amor, que cada día es-

tamos más afrancesados. De cualquier forma y hablando de retozar, a los conqueses les gustaba más, nos gustaba, irnos a refugiar en el paisaje de dos formas o bien con la chavala tras las altas rocas o ir de «tomilleiros», que ya se sabe lo que es, coger una rama de tomillo y seguir a los novios hasta sus últimas consecuencias. Eso era de lo más divertido y, a pesar de los últimos adelantos (tener coche y apartamento) a los conqueses les sigue gustando ir a echar la cana al aire, eso, al aire libre, arropados en los brazos, las sabanas salvajes y las flores de la madre naturaleza.

Ahora todo es distinto, ya no es problema nada. No sé lo que cuesta, pero es muy fácil enterarse, con acercarse a uno de esos clubs, te interesa o no y fuera. Son más jóvenes, lo hacen de otra manera y, de alguna manera como dice Perales, «se van dejando el corazón entre la esquina y el café, entre las sombras del jardín o en la penumbra de un burdel de madrugada», ¿quién sabe cuál es el problema de cada una de ellas? ■

